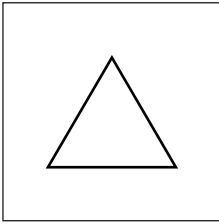
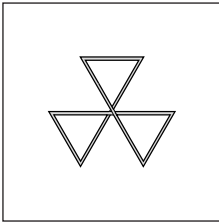


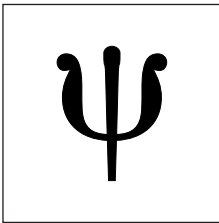
## *Simbología de los Soldados Fantasma*



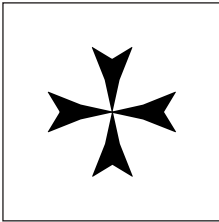
SIGNIFICA  
sombra



SIGNIFICA  
protección contra  
las fuerzas malignas



SIGNIFICA  
la letra griega *psi*, que los investigadores  
parapsicológicos utilizan para referirse  
a la percepción extrasensorial  
u otras habilidades psíquicas



SIGNIFICA  
cualidades de un caballero:  
lealtad, generosidad,  
valor y honor



SIGNIFICA  
caballeros en la sombra que protegen  
de las fuerzas malignas  
mediante los poderes psíquicos,  
el valor y el honor



*Nox noctis est nostri*  
La noche es nuestra

*El credo de los Soldados Fantasma*

Somos Soldados Fantasma, vivimos entre las sombras.  
El mar, la tierra y el aire son nuestro entorno.  
No dejaremos atrás a ningún compañero caído.  
Nos regimos por la lealtad y el honor.  
Somos invisibles para nuestros enemigos  
y los destruimos allá donde los encontramos.  
Creemos en la justicia y protegemos a nuestro país  
y a aquellos que no pueden hacerlo.  
Lo que nadie ve, oye ni sabe  
son los Soldados Fantasma.  
Entre las sombras existe el honor, nosotros.  
Nos movemos en absoluto silencio,  
ya sea por la jungla o por el desierto.  
Caminamos sin ser vistos ni oídos entre nuestro enemigo.  
Atacamos en silencio y desaparecemos  
antes de que descubran nuestra existencia.  
Recopilamos información y esperamos con paciencia infinita  
el momento idóneo para impartir justicia rápida.  
Somos compasivos y despiadados.  
Somos crueles e implacables en nuestra ejecución.  
Somos los Soldados Fantasma y la noche es nuestra.



# Capítulo 1

A nocheció deprisa en la jungla. En medio del campamento enemigo y rodeado de rebeldes, Jack Norton estaba con la cabeza agachada y los ojos cerrados, escuchando los sonidos de la selva tropical mientras evaluaba la situación. Con sus sentidos alterados, podía oler al enemigo que estaba cerca, así como al que estaba más lejos, escondido entre la densa vegetación. Estaba casi seguro de que se trataba de un campo satélite, uno de los muchos que había en la jungla de la República Democrática del Congo, en algún lugar al oeste de Kinshasa.

Abrió los ojos, apenas unos milímetros, para planear cada fase de su huida, pero incluso ese minúsculo movimiento le provocó un intenso dolor de cabeza. La agonía provocada por la última paliza era casi insoportable, pero no quería perder la conciencia. La próxima vez lo matarían, y esa próxima vez parecía mucho más cercana de lo que había imaginado. Si no encontraba pronto la forma de escapar, ni todos los poderes físicos y mentales del mundo lo salvarían.

Los rebeldes tenían motivos para estar furiosos. El hermano gemelo de Jack, Ken, y su equipo paramilitar de Soldados Fantasma había conseguido liberar a los primeros prisioneros políticos de peso que mantenían cautivos. Habían capturado a un senador de Estados Unidos mientras viajaba con un científico y sus ayudantes. Los Soldados Fantasma habían accedido al campamento con su característica precisión, habían rescatado al senador, al científico, a los dos ayudantes y al piloto, y se habían marchado entre la confusión generalizada. Los rebeldes capturaron a Ken y se pasaron de lo lindo torturán-

dolo. A Jack no le había quedado otra opción que acudir al rescate de su hermano.

A los rebeldes les había hecho la misma gracia que Jack liberara a su rehén como cuando lo había hecho Ken. Jack se había encargado de mantenerlos a raya con su arma mientras los Soldados Fantasma rescataban a su hermano y, en ese proceso, había recibido un disparo. No era grave, porque había estado moviendo la pierna y sabía que no la tenía rota, pero la bala lo había hecho caer al suelo. Había ordenado a su equipo que se alejara y se resignó a sufrir la misma tortura que su hermano; algo más que compartirían, como en su juventud.

La primera paliza no le pareció gran cosa, hasta que apareció el mayor Biyoya. Le habían dado patadas y puñetazos, incluso le habían dado golpes en la pierna herida un par de veces, pero, en general, no lo habían torturado, porque estaban a la espera de saber qué tenía en mente el general Ekabela. Y el general había enviado a Biyoya.

La mayor parte de los rebeldes tenían preparación militar y muchos habían ocupado, en algún momento u otro, altos cargos en el gobierno o el ejército, hasta uno de los numerosos golpes de estado. Ahora se dedicaban a cultivar marihuana y a causar estragos, asaltaban pequeñas localidades y mataban a cualquiera que osaba desafiarlos o a los dueños de las tierras o las granjas que querían apropiarse. Nadie se atrevía a adentrarse en su territorio sin permiso. Sabían utilizar las armas y estaban instruidos en la lucha de guerrillas. Y les gustaba torturar y matar. Ya le habían tomado el gusto y el poder los empujaba a seguir. Incluso las Naciones Unidas evitaban aquella zona; si intentaban acercar medicamentos y comida a los pueblos, los rebeldes se los robaban.

Jack abrió los ojos lo suficiente para echar un vistazo a su pecho, donde el mayor Keon Biyoya había grabado su nombre. Seguía sangrando y estaba cubierto de moscas y otros insectos voladores que habían acudido a darse un festín. No era la peor tortura de todas, ni la más humillante. La había soportado estoicamente, ignorando el dolor como había hecho toda su vida, aunque el fuego de la revancha ardía en su interior.

La rabia era fría y corría por dentro, como un río turbulento oculto bajo la tranquilidad de su rostro inexpresivo. La peligrosa emoción se apoderó de él y le llenó las venas, le aceleró la adrenalina y se sintió con fuerzas renovadas. La alimentó de forma deliberada, recordando cada detalle del último interrogatorio con Biyoya. Las quemaduras de cigarro, que eran los pequeños círculos que le cubrían el pecho y los hombros. Los latigazos que le habían arrancado la piel de la espalda. Biyoya se había tomado su tiempo para dejar bien grabado su nombre en el cuerpo del prisionero y, cuando él siguió sin emitir ningún sonido, loató y lo electrocutó. Y aquello había sido sólo el inicio de varias horas a manos de un perturbado. Los cortes precisos, casi quirúrgicos, de tres centímetros que cubrían casi cada centímetro de su piel eran idénticos a los que le había hecho a su hermano y, con cada corte, Jack sentía el dolor de Ken, cuando lograba olvidarse del suyo propio.

Jack saboreó la rabia. Con una lentitud infinita, acercó las manos a los bajos de los pantalones de camuflaje y, con las yemas, buscó el extremo del diminuto cable que llevaba cosido. Empezó a tirar de él con un movimiento lento y practicado, mientras su cerebro trabajaba con una precisión de hielo, calculando la distancia hasta las armas y planeando cada paso hasta lograr esconderse entre la vegetación de la jungla. Una vez allí, estaba seguro de su habilidad para esquivar a sus secuestradores, pero antes tenía que esconderse en una zona despejada y pasar junto a una docena de soldados bien entrenados. Lo único que sabía, con certeza y sin ninguna sombra de duda, era que el mayor Keon Biyoya era hombre muerto.

Dos soldados avanzaron hacia él. Jack notó que la espiral de rabia en su interior era cada vez más intensa. O ahora o nunca. Tenía las manos atadas delante, pero los captores, al creer que estaba incapacitado después del último interrogatorio, le habían dejado las piernas libres. Biyoya le había golpeado la herida de la pierna con la culata del rifle varias veces, furioso al no obtener ninguna respuesta de él. Ya de pequeño, había aprendido a no decir nada, a esconderse en algún lugar lejano de su mente y a separar cuerpo y mente. Aunque

para tipos como Biyoya, aquella posibilidad era inimaginable. Algunos hombres no cedían, no podían, ni siquiera drogados o con el cuerpo apaleado.

Una mano agarró a Jack por el pelo y le levantó la cabeza. Le echó agua fría en la cara y en las heridas del pecho. El segundo soldado, frotó una pasta de sal y hojas ardiendo contra las heridas mientras los dos se reían.

—Al mayor le gusta que su nombre se vea bien —dijo uno de ellos, en tono de burla, en su lengua materna.

Se agachó para mirar a Jack a los ojos.

Debió de ver la muerte en ellos; la rabia helada y la decisión firme. Contuvo el aliento, pero fue demasiado lento al intentar levantarse. Jack se movió muy deprisa y colocó el cable alrededor del cuello del soldado, lo echó hacia atrás para que perdiera el equilibrio y lo utilizó como escudo cuando el otro soldado levantó la pistola y disparó. La bala se incrustó en el cuerpo del primer rebelde e hizo retroceder a Jack.

El campamento se convirtió en un caos, con hombres corriendo en todas direcciones para esconderse y disparando hacia la jungla, porque nadie sabía de dónde procedía en disparo. Jack sólo tenía unos segundos para ponerse a cubierto. Sacó el cuchillo que el rebelde llevaba en el cinturón, se lo clavó en el pulmón al soldado moribundo y lo utilizó para cortar las cuerdas que le ataban las manos, sin soltar al rebelde que le servía de escudo. Luego, lanzó el cuchillo con gran precisión y lo clavó en el cuello del rebelde con la pistola. Soltó el cadáver y corrió.

Cruzó el campamento haciendo zigzag y lanzó a patadas los troncos del fuego, con la clara intención de que quien quisiera dispararle tuviera que arriesgarse a recibir el golpe de un tronco ardiendo. Corrió hacia un soldado, lo golpeó en la garganta con una mano y, con la otra, le quitó el arma. Saltó por encima del cuerpo, siguió corriendo y embistió a un grupo de cinco hombres que se estaban incorporando. Jack dio una patada en la rodilla a uno, lo tiró al suelo, le quitó el machete de la mano y se lo clavó de forma certera antes de volver-



se hacia los otros cuatro. Acabó con ellos con una destreza fruto de la larga experiencia y la más pura desesperación.

Los gritos y los disparos resonaron por toda la jungla, y los pájaros abandonaron las copas de los árboles y salieron volando. Los quejidos de los heridos se mezclaban con los sonidos desesperados de los líderes que, furiosos, gritaban para restablecer el orden. Un soldado apareció de la nada delante de Jack, dispuesto a disparar su rifle de asalto. Jack se lanzó al suelo, dio una voltereta y soltó la pierna. Tiró al hombre al suelo, le quitó el rifle de las manos y, recurriendo a su fuerza alterada, le atizó un golpe mortal con la culata. Se colgó todas las armas del cuello para tener las manos libres, y consiguió otro cuchillo y otro rifle mientras corría hacia el cobijo de la jungla. Sin darse cuenta, el soldado lo había cubierto, porque había disparado a varios rebeldes.

Entonces se agachó para adentrarse en la vegetación más cercana, dio una voltereta para caer sobre los helechos y corrió agachado por un camino que algún animal pequeño había abierto. Las balas pasaban cerca, algunas incluso demasiado cerca. Siguió moviéndose deprisa hacia el interior de la jungla, donde la luz apenas penetraba entre los árboles. Era un Soldado Fantasma y las sombras lo acogían.

La jungla tropical constaba de varias capas. En la exterior, los árboles alcanzaban los ochenta metros y las copas estaban entre veinte y treinta metros por encima de su cabeza. Ahí arriba vivían la mayoría de las aves y la fauna salvaje. Los troncos y las ramas estaban cubiertos de musgo, líquen y orquídeas. Y las plantas enredaderas colgaban como tentáculos. Las hojas de las palmeras, los filodendros y los helechos ofrecían todavía mayor protección. El manto vegetal del suelo apenas veía el sol y era oscuro y húmedo, perfecto para lo que necesitaba.

Cuando llegó a las zonas más oscuras, se escondió entre las plantas, mientras los perfiles y las formas de la jungla le cubrían la piel, desde la cara hasta el cuello, el pecho y los brazos. Los pantalones de camuflaje especialmente diseñados captaban los colores que lo rodeaban y los reflejaban de modo que, virtualmente, desaparecía entre la vegetación, como si la jungla lo hubiera engullido.

Jack se acercó a los árboles y se sirvió de las ramas más bajas para escalar hasta un árbol de hoja perenne muy alto cuya copa era particularmente espesa. Desde allí arriba veía perfectamente el suelo de la jungla. Parecía desierto, pero sabía que estaba lleno de insectos, como una alfombra viviente sobre el suelo muerto. Esperó, porque sabía que los rebeldes se adentrarían en la jungla a buscarlo. El mayor Biyoya estaría furioso. Tendría que responder ante el general, y Ekabela no solía ser amable con los que le fallaban.

Maldiciones y órdenes a gritos, con rabia y miedo en las voces, se mezclaban con el humo del fuego. Jack esperaba que uno de los troncos ardiendo que había lanzado hubiera calado fuego a la pequeña cabaña con el techo de hojas que el mayor solía usar.

Entonces hizo recuento de sus armas. Tenía dos rifles de asalto con munición limitada, un machete, dos cuchillos, y más cable cosido a los pantalones. Y lo más importante, aparte de armas y cuchillos, era que contaba con sus poderes psíquicos y físicos, producto de un experimento que le permitió unirse al equipo secreto de los Soldados Fantasma.

A su alrededor, el denso follaje lo ocultaba y las trepadores proporcionaban una manera rápida de subir y bajar en caso necesario. El sonido de la lluvia era su compañero constante, aunque las gotas apenas penetraban entre las copas de los árboles. La humedad que lo rozaba, de vez en cuando le ayudaba a combatir el calor sofocante.

Los soldados entraron en la jungla en una formación de búsqueda típica: con un metro de distancia entre uno y el otro y formando una hilera larga para cubrir una zona mayor. Jack supo que el mayor estaba presente y dirigía a sus hombres, intentando restablecer el orden en medio del caos. Jack se agachó, con el rifle en la mano, y observó cómo los rebeldes aparecían entre las plantas de hojas gigantes y los enormes helechos. Creían que avanzaban en silencio, pero él oía sus respiraciones mientras el aire les circulaba por los pulmones. Aunque, incluso sin eso, los habría localizado enseguida. Con su visión de Soldado Fantasma alterada, las ondas amarillas y rojas de sus cuerpos eran fluorescentes en contraste con la vegetación fría de la

jungla. Olía los nervios que desprendían por los poros de la piel. Tendría que haber sido miedo. Eran conscientes de que se adentraban en la jungla en busca de un depredador herido y de que los perseguiría, pero era imposible que supieran qué clase de hombre era.

Jack se había movido muy deprisa por el suelo de la jungla pero, ahora que estaba a cubierto, estaba seguro de que no había dejado ningún rastro. Había sido cuidadoso y no había roto ninguna planta al trepar por los árboles, porque había recurrido a grandes saltos que le permitían alterar lo menos posible los musgos y el líquen, y así no delatar su posición. Seguro que creían que había huido hacia Kinshasa lo más rápido posible. Ninguno levantó la vista, al menos no hacia las copas de los árboles, y él no se movió mientras el primer grupo de unos treinta soldados pasaba de largo.

Examinó las armas que tenía a conciencia y se familiarizó con el tacto y el peso de cada una. Se tomó su tiempo tejiendo, con lianas, una funda para el machete. Y, mientras tanto, no dejaba de observar y escuchar, con la mente de un cazador, examinando los distintos caminos desde su posición ventajosa y escuchando los susurros de los rebeldes mientras pasaban por debajo de su árbol. La sed era un problema y, en cuanto los soldados más rezagados pasaron de largo, colgó uno de los rifles en la horquilla de la rama del árbol y regresó hasta el límite del campamento en silencio. Se sirvió de las lianas para viajar de un árbol a otro, hasta que encontró una repleta de líquido, la cortó y se la acercó a la boca con cuidado de no derramar ni una gota.

A unos cien metros a su izquierda, un chimpancé lanzó un grito de advertencia. Se quedó inmóvil y, muy despacio, dejó que la liana regresara a su sitio con las demás. Invertió su cuerpo con una lenta precisión y se movió como un fantasma, bocabajo, hacia el suelo de la jungla. Cuando estaba a un metro del suelo, dio la vuelta y aterrizó, en cuclillas, en el suelo húmedo y con el arma preparada. Se quedó de piedra cuando los dos guardias del perímetro lo miraron directamente pero no lo vieron, puesto que su cuerpo estaba perfectamente camuflado entre los árboles y el follaje. Los dos soldados miraron a

su alrededor con cautela e iniciaron un alterado diálogo que culminó cuando uno le pasó un porro al otro.

Una de las cabañas seguía humeando y Jack vio las pequeñas llamas que seguían ardiendo en el interior. Dos soldados estaban colocando los cadáveres en una pila, mientras otros dos ayudaban a los heridos. Entonces rodeó el claro del campamento sin salir de la vegetación mientras se acercaba al arsenal. Sabía que el alijo de armas era enorme. Había pertenecido al anterior gobierno y procedía de Estados Unidos. Cuando el general y sus soldados habían abandonado sus puestos en el ejército, asaltaron numerosos arsenales del gobierno. Como ejército, estaban bien abastecidos, bien entrenados y eran absolutamente nómadas. En total, debían ser unos cinco mil hombres. El general controlaba aquella zona con mano firme y sangrienta, y mantenía a la gente a raya haciendo uso de la fuerza sin motivo cuando creía que era necesario dar alguna lección. El campamento principal estaba situado a unos cien kilómetros hacia el interior y, desde allí, los pequeños campos satélites se extendían como una tela de araña.

Cerca del arsenal, Jack se colocó a cuatro patas y se arrastró entre la vegetación podrida. Hormigas, escarabajos y termitas campaban a sus anchas por las hojas y las ramas, y se acercaron a él. Los ignoró y siguió avanzando muy despacio, intentando mantenerse entre las sombras. Un guardia se acercó a otro y señaló a los heridos mientras mantenían una animada charla.

Jack avanzaba centímetro a centímetro, hasta que quedó a la vista de cualquiera, aunque su piel y su ropa ahora reflejaban los colores del suelo. Había anochecido y los sonidos que llegaban del interior de la jungla habían variado ligeramente. Un guepardo rugió en la distancia. Las aves se llamaron entre sí mientras se posaban en la parte alta de las copas de los árboles. Los chimpancés callaron a medida que los depredadores más grandes empezaron a aparecer. Los insectos gritaban más fuerte, un sonido continuo que no cesaba. La niebla bajó de las montañas y se colocó sobre el bosque y el suelo.

Jack siguió avanzando sin detenerse hacia la zona donde había más soldados. Su objetivo era en grupo de vehículos con el cargamento

en su interior. El arsenal principal sería un búnker en el campamento central, pero cada campamento debía tener su munición, que tenía que estar bien vigilada y ser lo más móvil posible. Y eso significaba guardarla en el interior de los vehículos. Los todoterrenos y las furgonetas estaban aparcados a cierta distancia del campamento por seguridad.

Los soldados se encontraban a dos metros. Casi todos estaban fumando, hablando, o contemplando la jungla. Los dos que tenía más cerca estaban apostando sobre qué le haría el mayor al prisionero cuando lo atraparán. Jack se deslizó por la hierba hasta el primer todoterreno. Rodó hasta colocarse debajo del vehículo y examinó la zona con un ligero movimiento de cabeza. Las armas se guardaban en cajones dentro de la camioneta que se hallaba aparcada en el centro del círculo, donde él imaginaba que estarían. Se acercó hasta la parte trasera de la camioneta, cubierta con una lona, y volvió a esperar en la hierba mientras los escarabajos trepaban por su cuerpo. Cuando el soldado más cercano miró hacia el otro lado, se agarró al parachoques y saltó al interior del vehículo.

Estaban muy bien abastecidos de pistolas. Cogió varios cartuchos de recambio para las M16 y una 9 milímetros que había encontrado. Los cajones estaban llenos de rifles de asalto, cinturones y latas de munición, y baúles de cartuchos. Las cajas de granadas se encontraban en la parte delantera y, al fondo, pudo ver las minas antipersona con detonadores y cables.

Jack había dado media vuelta para salir, porque tenía que guardar todo lo que había cogido, cuando se fijó en una escopeta ensangrentada. El corazón le dio un vuelco al alargar la mano para limpiar el arma. El rifle de francotirador estaba en un cajón de AK47. Era un Remington, manchado con la sangre de su hermano, con unas marcas casi imperceptibles. Lo reconoció enseguida; siempre lo habían tratado con el mayor de los respetos. Lo cogió y lo abrazó, mientras lo acariciaba para intentar borrar lo que le habían hecho.

Los dedos de Jack se aferraron al rifle cuando lo inundaron los recuerdos. Empezó a sudar y meneó la cabeza, intentando alejar el

sonido de los gritos infantiles y la sensación de dolor y humillación, la visión de su hermano mirándolo, con las mejillas llenas de lágrimas. Ese rostro se convirtió en el de un hombre, y Ken lo estaba mirando con la misma desesperación, el mismo dolor y la misma humillación. Cuando Jack lo había levantado en brazos, se había quedado horrorizado ante la visión de la espalda despellejada, donde lo único que quedaba era una masa de músculo y tejido cubierta de moscas e insectos. Todavía oía el grito en su cabeza y, cuando bajó la mirada, vio que tenía las manos manchadas de sangre. No podría eliminarla de ninguna manera. Respiró hondo y obligó a su mente a alejarse de la locura de sus pesadillas constantes y absolutamente reales.

El mayor Biyoya tendría que responder por muchas cosas, pero la tortura de Ken era la primera de la lista. Él no pensaba retirarse sin hacer ruido. Jamás en su vida se había retirado. Ni lo había hecho ni lo haría. Biyoya tendría que responder ante la justicia, su justicia, de un modo u otro, porque eso era lo que Jack hacía.

Se colgó el rifle al cuello, y guardó el objetivo y los cartuchos en un cinturón de munición. Con la mayor velocidad y eficacia posible, reunió sus armas y las metió en una mochila que había encontrado en la camioneta. La pistola de 9 milímetros era obligada. Cogió tantas granadas, bloques de C4 y minas antipersona como pudo. Cargado, se acercó a la puerta trasera de la camioneta y se asomó. Los soldados estaban observando cómo los demás limpiaban el desorden que él había provocado en el campamento. Entonces bajó de la camioneta, con la cabeza por delante, y se escondió debajo del vehículo para una mayor protección.

El reto de mover la munición hasta la jungla sin que lo vieran era mucho mayor. Empezó a avanzar lentamente, mientras notaba los mordiscos de los insectos, el calor sofocante y los roces del suelo y la hierba en el cuerpo. Y la fatiga cegadora. No podía seguir bloqueando el intenso dolor de las diversas heridas. A pesar de la oscuridad, tardó más de lo esperado en cruzar el círculo despejado y dejar atrás a los soldados.

Ya casi se había alejado por completo de los vehículos cuando, de repente, un soldado se volvió de forma abrupta y se dirigió directamente hacia él. Jack se quedó inmóvil y escondió la mochila de las armas debajo de una enorme hoja de palma que tenía cerca. Sólo podía quedarse tendido en el suelo bocabajo, en la oscuridad, y confiar en el camuflaje de su cuerpo. El soldado llamó a un compañero, que se acercó mientras se colgaba el rifle al hombro. Hablaban en congolés, un idioma con el que él estaba ligeramente familiarizado, pero lo hacían muy deprisa y le costaba entender todo lo que decían.

Se suponía que el festival de música Fespam de este año tenía que ser más grande e incluso mejor con los grupos europeos que habían contratado, y el soldado deseaba poder ir a ver la actuación de los Cinco Voladores. El general les había prometido que podrían asistir, pero, a menos que encontraran al prisionero, nadie iría a ningún sitio. El otro soldado asintió, lanzó el cigarro al suelo, casi encima de su cabeza, y lo aplastó con la bota antes de añadir sus propias quejas.

Jack se quedó de piedra. Los Cinco Voladores. ¿Era posible que fuera una coincidencia? ¿O sería un golpe de suerte? Jebediah Jenkins era miembro de los Cinco Voladores y había servido con él en los SEAL. Si conseguía llegar a Kinshasa y encontrar a Jebediah, podría largarse de aquel infierno... ¿O caería en otra trampa?

En cuanto los soldados continuaron, él siguió avanzando hacia la jungla. Cuando llegó a la zona de vegetación más densa, se subió a un árbol, guardó la munición e hizo una pausa para volver a beber un poco. Regresó al círculo de vehículos y volvió a pasar entre los soldados hasta la camioneta del arsenal. Esta vez, cogió más minas anti-persona, cable y detonadores. La paciencia y la disciplina iban de la mano en su profesión, y a él le sobraban. Se tomó su tiempo, realizando su trabajo a conciencia, y no permitió que su mente se paralizara ante la presión, ni siquiera cuando los soldados estuvieron a punto de pisarlo.

Escondió un cable desde los vehículos hasta la jungla, pasando junto a las tiendas, el cobertizo y los demás vehículos. Los minutos se convirtieron en horas. Era mucho tiempo en el campamento ene-

migo y empezaba a notar la presión. Las gotas de sudor le caían en los ojos y escocían. Tenía el pecho y, sobre todo, la espalda ardiendo, y le dolía la pierna. Una infección en la jungla podía llegar a ser peligrosa, y le habían quitado todo el material y las medicinas.

A lo lejos, Jack oyó el grito de un chimpancé e, inmediatamente, empezó a reconocer los sonidos de la selva tropical hasta que localizó el que esperaba: el de movimiento entre los arbustos. Biyoya traía a sus soldados de vuelta con la esperanza de que, con la luz del día, pudieran examinar el suelo mojado en busca de algún rastro del prisionero. Él sabía que Biyoya confiaba en poder recuperarlo. La región estaba plagada de campamentos rebeldes y pocos aldeanos arriesgarían su vida y la posibilidad de una recompensa por esconder a un extraño. El mayor Biyoya creía en la tortura tanto como en la limpieza étnica. Su brutalidad era bien conocida por todas partes y eran pocos los que estaban dispuestos a enfrentarse a él.

Jack terminó su última tarea sin prisas, antes de volver hasta la selva arrastrándose. Se adentró por otro punto, más alejado del camino más concurrido, hacia la vegetación más densa. El olor de los soldados que regresaban era muy intenso. Estaban sudados por el sofocante calor del interior de la selva. Jack se obligó a ir despacio para no llamar la atención de ningún centinela, y se arrastró por debajo de las enredaderas y las enormes hojas de palma que rodeaban el campamento.

Se quedó allí un momento, con la cabeza pegada a la tierra, y respiró hondo antes de incorporarse y echar a correr, agachado, hacia los árboles más altos. Oía la respiración sofocada de los soldados mientras corrían hacia el campamento, con su líder gritándoles constantemente.

Jack se quedó un segundo debajo de su árbol, intentando respirar a pesar del dolor y recuperando las fuerzas antes de saltar hasta la rama más cercana. Escaló de rama en rama hasta que llegó a la parte más densa del árbol. Allí se sentó y esperó con el rifle de su hermano entre los brazos. La noche lo tranquilizó y, entre las sombras, se encontró como en casa.



Apareció el primer grupo de rebeldes, en una formación bastante desdibujada, mirando con cautela a su alrededor mientras intentaban localizar al enemigo en la oscuridad. Había dos todoterreno que viajaban con el grupo por el camino embarrado que rodeaba el campamento y luego se adentraba en la selva durante kilómetros. Los vehículos también se dirigían al campamento, con los motores rugiendo y salpicando barro a su alrededor. La mayoría de los soldados volvía por la selva, separados, con las armas preparadas y muy nerviosos.

Jack acopló el objetivo al rifle de su hermano y lo cargó.

La explosión resonó en el silencio de la noche y lanzó una bola de fuego hacia el cielo. Llovió metal y metralla por todo el campamento y las piezas metálicas se calvaron en los troncos de los árboles. Los gritos de los soldados heridos de muerte se mezclaron con los de las aves y los chimpancés cuando vieron que el mundo que los rodeaba estallaba en llamas rojas y naranjas. El primer todoterreno había activado el cable que había colocado alrededor del campamento, provocando la explosión de las minas antipersona y reduciéndolo todo a pedazos. Los soldados se echaron al suelo y se cubrieron la cabeza mientras llovían trozos de metal.

Mantuvo el ojo pegado al objetivo. Biyoya iba en el segundo todoterreno; el conductor hizo un giro brusco para esquivar el coche en llamas y estuvo a punto de lanzar a los pasajeros por los aires cuando giró hacia los árboles. Biyoya saltó, se escondió entre el follaje y gritó a los soldados que se separaran y buscaran al fugitivo.

Jack utilizó el caos de las explosiones y los gritos de los hombres para apretar el gatillo y abatió a uno de los soldados que estaba al límite del campamento. Movié el rifle hacia otro lado y disparó tres veces más. Cuatro disparos, cuatro muertos. Como no quería que los soldados localizaran desde dónde estaba disparando, se colgó de una liana y, bocabajo, se deslizó hacia el lado opuesto del árbol, muy despacio, hasta que pudo saltar al suelo. Aterrizó sobre las puntas de los pies, desapareció entre los helechos y se tendió en el suelo. A través de los arbustos, se deslizó por el camino de cazadores casi invisible hasta colocarse detrás del guardia personal de Biyoya.

Entonces se levantó, como un fantasma silencioso, con el cuchillo en la mano. Fue un movimiento rápido y decidido, aunque se aseguró de no hacer ruido para que el soldado no se percatara de su presencia. Regresó a la vegetación mientras su piel y su ropa se camuflaban con el entorno.

Biyoya se volvió para decir algo a su guardia y gritó, se alejó del cadáver de un salto y se escondió detrás del todoterreno. Gritó a sus soldados y éstos empezaron a disparar hacia la jungla, iluminando la noche con la explosión de la pólvora. Las hojas y las ramas caían al suelo como granizo y varios soldados cayeron víctimas del fuego cruzado. El mayor tuvo que gritar varias veces para restablecer el orden. Ordenó otro barrido de la selva más cercana al campamento.

Los soldados se miraron, porque no les hacía ninguna gracia aquella orden, pero obedecieron con reticencia, y volvieron a avanzar por la selva codo con codo. Jack ya estaba en lo alto de su árbol otra vez, con el cuerpo apoyado en el tronco.

Se puso cómodo, pero mantuvo el ojo pegado al objetivo con la esperanza de tener a Biyoya a tiro. Intentó bloquear cualquier pensamiento de su casa y de su hermano, pero era imposible. El cuerpo de Ken, tan ensangrentado, tan despellejado. No había ni un centímetro de su cuerpo que no estuviera sangrando. ¿Acaso él había llegado demasiado tarde? Imposible. Si su hermano hubiera muerto, lo sabría, pues, a ser posible, acudiría a salvarlo. Incluso ahora podría estar muy cerca. Pero, en el fondo, Jack sabía que las heridas de Ken eran demasiado graves y que estaría a salvo en algún hospital a miles de kilómetros. Pero no podía evitarlo. Intentó establecer contacto telepático, como habían hecho desde niños, y lo llamó. *Ken. Estoy en un buen lío. ¿Estás ahí?*

Al otro lado, sólo silencio. Por un instante, su resolución se quebró. Se le encogió el estómago y sintió miedo. Miedo por su propia situación y algo muy parecido al terror por su hermano. Levantó la mano y vio que temblaba. Meneó la cabeza y se obligó a bloquear aquellos pensamientos destructivos. Aquello sólo podía llevarle a su propia destrucción. Su misión era escapar, sobrevivir y llegar a Kinshasa.

Los soldados volvieron a adentrarse en la selva y, bayoneta en mano, daban palos de ciego entre los arbustos. Cortaban la vegetación del suelo y seguían la orilla del riachuelo que desembocaba en el río, clavando las armas en la tierra. Despacio, el todoterreno empezó a moverse, aunque los únicos que quedaban vulnerables al objetivo del rifle eran el conductor y los soldados que lo rodeaban mientras avanzaban hacia el campamento entre los escombros del otro coche.

Jack bajó el rifle. Iba a ser una noche muy larga para los soldados. Mientras tanto, tenía que planear su camino a la libertad. Estaba al oeste de Kinshasa. Cuando llegara a la ciudad, debería buscar a Jebediah y esconderse hasta que encontrarán la forma de avisar a sus compañeros para que lo sacaran de allí. Parecía muy sencillo, pero tenía que cruzar los campamentos rebeldes entre Kinshasa y su ubicación actual. No iba a engañarse; estaba en un estado lamentable. Con tantas heridas abiertas, la posibilidad de una infección era más que probable.

El agotamiento pudo con él. La soledad. Había elegido esa vida hacía muchos años, aunque en ese momento era la única elección que tenía. Aunque casi nunca se arrepentía. Sin embargo, en ese instante, sediento y encaramado a un árbol, a diez metros del suelo, con un rifle en la mano y rodeado de muerte, se preguntaba cómo sería tener una casa y una familia. Una mujer. Risas. No recordaba risas en su vida, ni siquiera con Ken, y eso que Ken podía ser muy divertido en los momentos más inoportunos.

Era demasiado tarde para él. Era un tipo duro, frío y cualquier atisbo de bondad que pudiera tener al nacer, desapareció a base de golpes antes de la pubertad. Miraba a las personas y al mundo a su alrededor despojados de cualquier belleza. Sólo veía la fealdad. En esta vida, era matar o que te mataran, y él era un superviviente. Se reclinó y cerró los ojos. Necesitaba dormir unos minutos.

Lo despertaron unos gritos. El sonido solía perseguirlo en sus pesadillas. Gritos y disparos. Y la visión de grandes charcos de sangre. Se aferró al rifle y acarició el gatillo con el dedo antes incluso de abrir los ojos. Respiró hondo y miró a su alrededor. Vio varios destellos

que venían del campamento. Disparos. Habían hecho saltar varias de sus trampas y la base rebelde volvía a estar sumida en el caos. Las balas penetraban en la selva, atravesaban las hojas y arrancaban la corteza de los árboles. El fantasma de la selva tropical había atacado una y otra vez, y los soldados masticaban el miedo.

De vez en cuando, durante las siguientes horas, algún desventurado soldado tropezaba con alguna trampa, seguramente intentando desactivarla, y el campamento estallaba en medio del caos, la confusión y el pánico, al borde de la rebelión. Los soldados querían irse al campamento base, pero Biyoya se negaba, inflexible en su plan de recuperar al prisionero. Su poder de reorganización después de cada ataque era un tributo a su liderazgo, o a su crueldad. Nadie pudo dormir y la niebla se asentó sobre la jungla, cubriendo los árboles y mezclándose con el humo de los continuos disparos.

A través de la bruma, Jack vio que los hombres se ponían en movimiento y abandonaban su posición. Biyoya les gritó y agitó el puño hacia el campamento; la primera señal evidente de que la larga noche en vela empezaba a pasarle factura. Había perdido más de la mitad de sus soldados, y los que quedaban se vieron obligados a avanzar formando un estrecho círculo alrededor del mayor para protegerlo. No parecían demasiado contentos, pero avanzaron estoicamente por el camino embarrado que cruzaba la jungla.

Empezó a llover otra vez, una llovizna que añadía atractivo a la emocionante vida de la jungla. Los chimpancés se concentraron en su comida y las aves iban de árbol en árbol. Jack vio un jabalí entre los arbustos. Pasó una hora y la lluvia le empapó la ropa y la piel. No se movió en ningún momento, esperando con la paciencia aprendida a lo largo de una vida de supervivencia. Biyoya había dejado a sus mejores rastreadores y francotiradores escondidos, y estarían esperando a que se pusiera en marcha. El mayor Biyoya no quería volver ante el general Ekabela y admitir que había perdido a varios soldados a manos de su prisionero. El prisionero que se les había escapado. Algo así pondría en entredicho su trabajada reputación de interrogador implacable.

Los ojos de Jack eran distintos, siempre lo habían sido y, después de que Whitney se los alterara genéticamente, su visión había pasado a ser increíble. No sabía cómo funcionaba, pero tenía la visión de un águila. Le daba igual cómo lo habían hecho, pero veía a unas distancias que pocos podían imaginar. Por el rabillo del ojo, vio un movimiento a su izquierda, de color rojo y amarillo. El francotirador se movía con cautela, pegado a la densa vegetación, con lo cual él no podía atraparlo con el objetivo. El rastreador estaba a su izquierda, siguiendo los pasos del francotirador mientras observaba el suelo y los árboles alrededor.

Jack se levantó para colocarse en una posición mejor, pero se quedó inmóvil cuando escuchó un grito femenino y, poco después, el llanto asustado de un niño. Entonces levantó la cabeza, tensó el cuerpo y notó cómo el sudor de la frente le resbalaba hasta los ojos. ¿Acaso Biyoya conocía su talón de Aquiles? ¿Su única debilidad? Era imposible. Se notó la boca seca y el corazón le latía con fuerza en el pecho. ¿Qué sabía Biyoya de él? Ken había recibido unas sesiones de tortura escalofriantes. No había un centímetro de su cuerpo que no hubieran cortado o despellejado. ¿Era posible que hubiera confesado durante el interrogatorio?

Meneó la cabeza y, con un movimiento lento y cuidadoso, se secó el sudor de la cara. Ken jamás lo traicionaría, con tortura o sin ella. Estaba seguro; no tenía ninguna duda. Independientemente de cómo hubiera conseguido la información, Biyoya le había tendido la trampa perfecta. Y tenía que responder. Su pasado, enterrado en lo más profundo, donde nunca miraba, no le permitiría alejarse como si nada. Se tratara de una trampa o no, tenía que reaccionar y tomar medidas. Se le hizo un nudo en el estómago y le ardían los pulmones. Maldijo en voz baja y volvió a pegar el ojo al objetivo, decidido a eliminar los refuerzos de Biyoya.

La mujer volvió a gritar y, esta vez, el grito que conmovió las primeras horas del día fue desgarrador. El nudo del estómago de Jack se convirtió en miedo. Sí. Biyoya lo sabía; tenía información sobre él. Era un nombre clasificado y la información que el mayor había ob-

tenido estaba escondida en un archivo secreto con un millón de alertas. *¿Quién coño me ha vendido?* Volvió a frotarse los ojos para secarse el sudor. Alguien cercano había puesto una trampa a los dos hermanos. No había otra explicación.

Los gritos empezaron a ser más fuertes y más largos. El niño lloraba y suplicaba piedad. Jack maldijo y levantó la cabeza, furioso consigo mismo y con su incapacidad para ignorar aquella situación.

—Vas a morir aquí, Jack —susurró—. Porque eres un estúpido.

Daba igual. No podía ignorarlo. Su pasado estaba llamando a la puerta, que estaba medio abierta, y los gritos eran cada vez más fuertes.

Abandonó la seguridad de su árbol y se desplazó hasta otro a través de las ramas, confiando en el poder del camuflaje de su piel y de su ropa. Se movió deprisa, siguiendo el rastro de Biyoya hacia el interior. El camino avanzaba bajo él, se abría paso entre la vegetación, pisoteado, plagado de minas y de trampas. Más bien parecía un río de barro que un camino. Lo siguió con la ayuda de las ramas y las lianas, deprisa para atrapar al grupo de soldados.

Se colocó en un árbol muy alto justo encima de las cabezas de los soldados, entre el follaje, y se tendió bocabajo encima de una rama. El francotirador iba tras él, pero Jack no había dejado ningún rastro en el suelo, así que les costaría mucho localizarlo entre las hojas y la corteza de los árboles. Había una mujer en el suelo, con la ropa hecha jirones, y un soldado a su lado, dándole patadas mientras ella lloraba desesperada. Un niño de unos diez años intentaba liberarse de los hombres, que se lo iban pasando a empujones. En sus ojos había terror.

Jack estaba seguro de que Biyoya le había tendido una trampa, pero la mujer y el niño eran víctimas inocentes. Nadie podía fingir ese tipo de pánico. Maldijo una y otra vez en su cabeza, intentando obligarse a dar media vuelta, pero aquello... No podía dejar a la mujer y al niño en manos de un maestro de la tortura. Entonces intentó bloquear los llantos y las súplicas.

Su objetivo era Biyoya y tenía que encontrar dónde se escondía. Inhaló con fuerza y confió en su olfato alterado. Si su nariz no se equi-

vocaba, y no lo hacía casi nunca, el mayor estaba agachado detrás del todoterreno, a la izquierda de la mujer y del niño, camuflado tras una pared de soldados. Jack rodeó al grupo y colocó el rifle en posición, apuntando a Biyoya, consciente de que los soldados localizarían la trayectoria.

La bala se introdujo en la parte posterior del cuello de Biyoya. Mientras caía al suelo, él apuntó al hombre que estaba golpeando a la mujer y disparó otra vez. Con calma, soltó el rifle y cogió el arma de asalto, disparando una ráfaga de fuego intensa para que la mujer y el niño tuvieran la oportunidad de escapar. Los soldados respondieron al fuego y las balas se clavaron en los troncos a su alrededor. Sabía que no podían verlo, pero la explosión de la pólvora y el humo lo delataban. La mujer agarró al niño y salió corriendo hacia la selva tropical. Jack les dio todo el tiempo que pudo antes de moverse él también. Regresó a la densa vegetación y utilizó las copas de los árboles como escapatoria.

Ekabela no iba a dejar así las cosas. A partir de ahora, todos los rebeldes del Congo irían tras sus pasos hasta Kinshasa.